

sustentar opiniones inventadas hace 30 o más años —cuando el nadaísmo existía y en los happenings se destruían televisores—, pero que ya no son de ninguna manera reales. Un buen cuento como “Tiquete a la pasión”, escrito con más reticencia, hubiera evadido esa polaridad y ganado en fuerza narrativa. Sus defectos, en cambio, son salvados con mucha destreza en el ya citado “De condición mortal”. Sin duda, se trata del mejor cuento del libro, y lo es porque no incurre en costumbrismos innecesarios, porque el “milagro” se asocia sutilmente con las “chivas” de los telenoticiarios y radiocadenas, y porque la crítica a los mass media surge como una reflexión que se hace el lector, no como un agregado editorial del autor. Si en los demás cuentos Fanny Buitrago hubiera consignado la misma economía, tal vez no sería éste uno de los muchos, infinitos libros que nuestra memoria debe olvidar.

MARIO JURSIH DURÁN

Era que la realidad no te servía

¿Recuerdas, Juana?

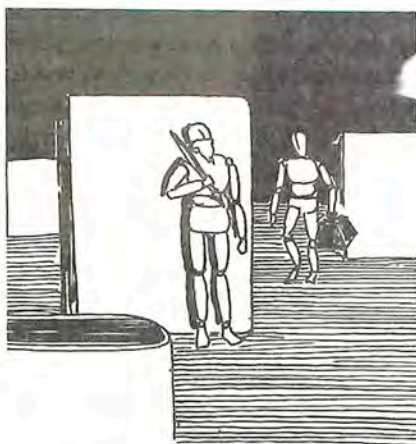
Helena Iriarte

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1989, 93 págs.

Esta novela de Helena Iriarte, escritora bogotana, es circular. Comienza y termina en el mismo punto: el case-rón frío de las monjas. Allí han llevado a la protagonista porque está loca. El tema es la llegada de Juana a la locura. Duro como la realidad, tan común en las mujeres, tal vez porque es más fácil el acceso a ella.

La novela tiene el tono de un recuerdo de infancia. Es la novela que tantos otros narradores han escrito. Juana es una niña que, como nos la presenta la voz que cuenta, es amada por su padre y desamada por

su madre, y ella les corresponde en igual medida. Es alelada y huraña para el mundo, mientras su realidad que transforma bajo los disfraces y frente al espejo, ese espacio infinito, es la de la fantasía. Allí la encuentra su madre para decirle que el padre ha muerto.



Asiste a la ceremonia del funeral arrinconada en la escalera como un ángel invisible. Ve el frío cuerpo del padre entre la caja, “vacío como una tinaja rota, rígido como los santos que te asustaban en la iglesia”. La muerte la presencia de la mano de Barbarita, la empleada, el único ser que se acuerda de ella porque el padre está muerto. “Sin él nunca sabrías dónde poner las manos y la risa y las palabras”. La narradora se ocupa de recordarle y de contarnos episodios duros y funestos, de la relación con el mundo de los adultos y con su madre. Preguntas a ésta, “con su voz tímida casi no usada con ella”, sin respuesta. No obstante, su pregunta es repetida entre parientes y todos ríen, y pregunta y risa se tornan eco en la casa vacía, porque la van a vender. Esa crueldad del universo adulto la lleva, cada vez más, a refugiarse en su mundo fantástico, al cual ha ingresado ahora su padre. Con él se encuentra en la soledad de su cuarto, en la pensión que ha puesto su madre, donde ahora viven.

Allí vamos conociendo a los personajes que la habitan: don Jesús, quien se acerca a ella con ternura, tal vez para retrasar por un tiempo el límite del ingreso de Juana en su enajenación. También vive Mateo, un

pintor que le permite entrar en su cuarto y en ese reino fantástico, donde los personajes de sus cuadros comienzan a formar parte del mundo imaginario de Juana y danzan con ella, y juegan los juegos que no puede tener en el colegio. Pero a ella, “que ignoraba como sería abrazar a la mamá”, la crueldad la persigue. Su madre y Mateo se enamoran. Con el amor, la madre florece y ríe y sus mejillas se encienden. Ella jamás la había visto así y quizá el padre tampoco, y esto duele. Juana llora porque la aprieta una soledad sin nombre. Una borrasca en el mar, descrita con intensidad, es la imagen, muy bella, escogida para hablarnos del abandono. Aquí la narradora siente miedo “por esa visión de tu ser indefenso extraviado en el laberinto sin salida, de tu alma suspendida en alto y a punto de caer”. Juana soporta en la cuerda floja este momento que la lleva a entrar más de lleno en su realidad, donde no siente desamor pero que la convierte cada vez más en una niña zonga y lela.

La última gota cae cuando su madre encuentra y rompe el cuaderno donde Juana ha ido pegando con engrudo láminas recortadas de revistas, recetas de cocina, plumas, perlas, tomadas a escondidas. Objetos que desaparecen en la pensión, y también el rostro de un chico que se parece a su padre. La débil mente de Juana no resiste la agresión de ese otro mundo, y enferma: fiebre, vómitos, gritos, miedo, alucinaciones, frío. Ahora los sueños y la realidad son pesadillas; entonces se desata la locura en *crescendo* y viene el abandono, pero es la misma prosa sobria, con ritmo lento, escrita con esmerada pulcritud, y que ocupa la parte final de la novela.

El texto está dividido en dos partes: “La mañana”, que corresponde a la narración de los sucesos, y “La tarde”, que es el delirio. Es un viaje al interior de su memoria, donde sólo ella tiene permitido el ingreso. Allí no caben ni don Jesús, ni Mateo, ni la señorita Inés, ni otros personajes, por más que intenten acercarse a sus rincones. Ante la necesidad y la angustia que la acosan, emprende el viaje, y la narradora va con ella. Va también el padre que las acompaña. “Viaja-

ríamos para comprender el laberinto de los pasos perdidos y las figuras de las nubes al pasar por el reflejo del agua; veríamos, quizá, que el enigma era arena en los ojos y encontrarías la muñeca y las flores, la raíz de la angustia y de la desazón del alma" (pág. 71).

La novela está narrada por una voz femenina, un ojo que lo ve y lo siente todo. Una voz que le habla a Juana —¿recuerdas, Juana?—, y la acompaña durante el relato. Le va contando, como si ella no lo supiera, lo que ha sido su vida desde que nació y su madre sintió vergüenza por su piel oscura y sus ojos negros. Presencia de espejos donde ella siempre se asoma. Esa forma narrativa es un recurso interesante, bonito, y está muy bien logrado en la manera como la autora lo maneja, a su antojo. Nos lo recuerda con la pregunta ¿recuerdas, Juana?, que repite, tal vez, donde se hace necesaria. Esa voz, que nos recuerda a la de *Un hombre* de Oriana Fallaci, le da a la novela otra intensidad. Es esa voz la que nos presenta a la madre. Una madre que más que ausencia es un velo oscuro que se hace presencia permanente. Una madre que se nos escapa del estereotipo de madre. Una madre que acalla su culpa buscando al culpable.

Esa voz que narra se lo permite todo. Intervenir para actuar y ocultarle a ella los encuentros de la madre y el pintor; y para hacérselo saber. Esa voz también es ella, Juana, y es otra persona, porque lo que piensa tal vez lo pensó Juana. Es quizá en la voz que narra como recurso donde está el secreto de la novela para que sea así, singular.

DORA CECILIA RAMÍREZ

En Bogotá ni siquiera tenemos un puente para tirarnos al Sena

En busca del Moloch

Ricardo Cano Gaviria

Tercer Mundo, Bogotá, 1989, 184 págs.

Ciertas recurrencias literarias van constituyendo una obsesión, o un

estilo. El antioqueño Ricardo Cano Gaviria publicó en 1981 la novela *Prytaneum*, en la que narra la existencia de una suerte de academia grandiosa y secreta del arte, la ciencia y la literatura, que supuestamente rigió desde la sombra la conducta de nuestros políticos, por los días aciagos de 1863 y 1886. Combinando literatura e historia, Cano Gaviria refleja, en esta novela, inquietudes sobre nuestro pasado y parentescos con lo europeo, que ahora encontramos replanteados desde varias perspectivas en *En busca del Moloch*.

Este libro no es una novela; son tres relatos de cierta extensión escritos en un estilo imaginativo y erudito.

El primero, *Noticias del altozano*, ocurre en la Santafé de 1885: al fondo, la guerra civil, las presencias un tanto perturbadoras de Núñez, Caro, Reyes, los antecedentes inmediatos de la Constitución del 86, y los escarceos de los estadounidenses por hacerse con Panamá. En escena, las calles incipientes pero hidalgas de Bogotá, y la presencia de poetas que aún no habían llegado al parnaso, como Fallon, Pombo y el joven Silva.

El relato acentúa el carácter de incomunicación de la capital, en la que se desconocen las noticias más esenciales de la guerra. Comenzaba la época "del cachaco positivo" (pág. 76), es decir, el arribo del positivismo y la modernidad a la Colombiana tradicional. ¿Cómo vencer la incomunicación? La solución es típica de la época: invocando a los espíritus. Así, en el apartado lugar de Chapinero, algunos fervorosos seguidores de madame Blavatsky llaman al espíritu de moda: Victor Hugo. El protagonista, Leonardo Acevedo, participa con escepticismo, más que todo atraído por la bella Fina, quien, por ser sonámbula, resulta ser una médium excepcional.

El relato describe o enuncia ciertos tics de la época: la llegada predecible del *esprit frappeur*, la actitud sempiterna del *tedium vitae*; las revistas francesas, el prerrafaelismo y las citas a Poe, Prudhomme y al mismo Victor Hugo.

El segundo relato, *Las flores del retorno*, narra la historia de Joaquín Rovira, un colombiano que llega a Barcelona en 1933, en busca de infor-

mación sobre el fallecido escritor catalán modernista Ramón Arnau Vinyals, quien se había exiliado en Colombia, y sobre quien Rovira desea escribir una biografía. El nombre de este personaje, y su nacionalidad, recuerdan al famoso librero Ramón Vinyes, mentor del Grupo de Barranquilla, y quien hacia 1920 participó en la revista Voces, de esta ciudad. Las menciones o coincidencias, sin embargo, no parecen ir más allá de esta primera impresión.



Rovira, para lograr su empeño, cuenta con ciertas instrucciones, y sobre todo con sus recuerdos de la amistad que los unió. Debe darse prisa en su investigación, porque un "pomposo crítico de origen argentino, Rafael-Reinero López-Dantesco" (pág. 94) (en realidad dos hermanos que trabajan con el mismo seudónimo), anda tras el mismo objetivo. Rovira debe sortear algunas prefiguraciones oníricas, que lo llevan, en pleno invierno, al pueblo de Poblade Segur, en medio de los Pirineos. Sentía que en "aquel tramo de su existencia no le estaba permitido tomar ninguna iniciativa" (pág. 110), como si se viese obligado a transitar por el lado contrario del espejo de la vida de Vinyals: éste, al llegar a Colombia, se había enamorado, en el acto, de una mulata guajira. Rovira cae en las redes de una catalana. Ambas se llaman Eulalia. A partir de ese momento, ya no puede controlar su destino y rueda por peripécias idénticas a las de Vinyals.

El tercer relato, *En busca del Moloch*, es el más extenso, y le da el título al libro: en primer lugar, Moloch alude a